

# Notas de etnografía navarra\*

Las cuatro notas que siguen se refieren a temas en apariencia muy distintos entre sí y relacionados únicamente por el hecho de que corresponden a observaciones realizadas en el antiguo reino de Navarra. El autor acaba de publicar una obra en tres volúmenes sobre la etnografía de aquel reino, tan complejo, y allí se encontrarán datos más coherentes, sin duda, acerca de los grupos humanos a los que se refieren estas cuatro notas<sup>1</sup>. Pero la verdad es que se dan aquí, no sólo como complemento al texto mayor, sino también como reflejo de preocupaciones del autor en este momento. La significación de ciertas «rutas de trabajo», como las de los almadieros; de ciertos caminos de significado económico-biológico, como los de los pastores trashumantes; de ciertas zonas que dan personalidad a sus habitantes por hallarse en antiguas fronteras, de suerte que, pasado el tiempo en que el «horizonte enemigo» estaba cerca, les deja ciertas instituciones y costumbres, es lo que queda ilustrado en las cuatro. Pero advertiré también que el desarrollo teórico de mis puntos de vista acerca de la autonomía de los «caminos de trabajo» y de los «horizontes enemigos» será objeto de un artículo largo que aparecerá en breve, apoyado por más ejemplos.

## VIDA DE MONTE Y VIDA DE RÍO

Un hecho dramático del que la mayor parte de la gente de nuestros días no tiene conciencia clara es el de que, durante ellos, van desapareciendo formas de vida seculares e incluso milenarias, que eran muy familiares aún para nuestros padres y abuelos. Lo extraño es también que, en lo que se refiere a técnicas, esta desaparición ocurre ante la indiferencia total de los hombres con determinadas profesiones ligadas con la técnica en general, los cuales parecen ignorar todo lo que se refiere a experiencias anteriores a las que registran los manuales, prontuarios y revistas de más uso entre ellos. La de que la técnica sustituya a la técnica es ley que no puede alterarse; pero que el técnico del día no sepa casi nada de la técnica de ayer, puede ser causa de grandes males, y en el mundo moderno las especializaciones excesivas, unidas al también excesivo prestigio de ciertas actividades, profe-

\* *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXVIII (1972), 3-38 + 10 láminas. + 1 mapa.

1. JULIO CARO BAROJA, *Etnografía histórica de Navarra*, 3 vols. (Pamplona 1971-72).

siones y «carreras», produce, en casos memorables, resultados nada halagüeños, o, al menos, con su lado «conflictivo», como ahora se dice.

Desde comienzos de siglo, uno de los programas más aireados por políticos, sociólogos, ingenieros, terratenientes, etc., ha sido el de llevar adelante, en España, una «política hidráulica». Sonó la voz apocalíptica de Joaquín Costa, con eco particular en su propia tierra de Aragón, donde tanto se ha sentido el problema del agua. Sonaron después otras voces menos broncas y más interesadas, y puede decirse que esta preocupación se ha plasmado, al fin, en la «política de pantanos» de las últimas décadas, durante las que, en los paisajes áridos de la Península, aparecen lagos nunca soñados ni vistos aun en espejismo. Aún no se han extraído tampoco los últimos beneficios de esta actividad febril. No pocas veces, una vez resuelto el problema técnico más material, se presentan otros dificultosos. La salinidad de las tierras nuevamente regadas, la falta de mercados para los productos de ellas, la forma y tamaño de las parcelaciones, etc., han sido y son otros tantos motivos de nuevas cavilaciones y tareas. Poco a poco, estos problemas se van resolviendo, y, según dicta la experiencia, por tanteo; pero hubiera sido mejor prever más y no dejar todo el peso y responsabilidad en las transformaciones emprendidas a sólo unas manos o, mejor dicho, a un solo tipo de cabezas. Se considera en nuestro país, como en otros, que el desarrollo técnico es cosa que ha de confiarse a los técnicos, a los «especialistas». Se habla, no sin ironía a veces, de la importancia de la tecnocracia y de los tecnócratas como signo distintivo de nuestra época; aunque en otras ocasiones se da a entender que sólo ellos nos salvarán del «subdesarrollo» y de lo que ahora también, de una manera napoleónicamente desdeñosa, se llaman las «ideologías». Pero ¿dónde está el límite de la técnica? ¿Basta con ser un buen especialista en presas y pantanos para resolver los problemas de la «política hidráulica»? ¿Tienen idea los sociólogos al uso de lo que implica un gigantesco cambio mecánica o mecanicistamente concebido en una sociedad dada? ¿Prevén los economistas los resultados de una transformación hecha a fuerza de millones, y por decisión gubernativa, en un campo sometido al éxodo? Sin duda que, con frecuencia, los resultados son imprevisibles para la cabeza de los ejecutores especialistas y de los planificadores sistemáticos, considerados técnicos por antonomasia.

Hace años, en una reunión de personas especializadas en sociología rural en Madrid, al terminar de exponer yo la situación precaria en que vivían algunos aldeanos viejos a causa del éxodo, un eminente técnico italiano dijo, de modo categórico, que no había que hacer caso de las lágrimas de los viejos. Así será; pero también puede ser que haya que hacer algunas críticas severas a las planificaciones que realizan los sociólogos a costa de lágrimas y dinero, y podría examinarse con ojos poco favorables el resultado de muchas obras faraónicas hechas aquí y allá (no sólo en España, claro es) en nombre de la técnica moderna. No entraré ahora en este asunto delicado; pero sí quiero indicar que tales obras no pocas veces se unen a aquella interrupción total de actividades milenarias a que me referí al principio, y que también la técnica hace crecer el amarillo jaramago del que habló el poeta andaluz autor de la oda a las ruinas de Itálica, como si fuera sólo hijo de la desolación producida por la caída de antiguas urbes populosas.

I. Pasa el viajero de este a oeste, o viceversa, por las orillas del pantano de Yesa, en el límite de Navarra y Aragón. Al norte se alza, severa, la sierra

de Leire. Al sur se ven otras alturas más lejanas o menores. En medio, grandes bandas de agua serena, remansada, con entrantes y salientes propios de paisaje antiguo e imaginado. Y en los bordes, pueblos totalmente abandonados, como Ruesta, o que viven de modo precario, al haberles quitado los pequeños regadíos que tenían al pie, como Tiermas, que se alza torvo sobre un cerro aridísimo. Alguna vez, jóvenes de Pamplona, de Zaragoza y aun Barcelona, celebrarán competiciones deportivas sobre estas aguas destinadas, primordialmente, a regar muchos kilómetros más al sur, las tierras de Sádaba, Ejea de los Caballeros y Tauste, de las cinco villas de Aragón y las Bardenas aragonesas.

El pantano ha modificado la vida de los contornos y ha hecho que de modo definitivo se interrumpa un tipo de actividades fluviales con su curioso lado técnico, lado del que la gente joven, nacida en las cercanías, no tiene ya idea clara; porque, en efecto, la interrupción sobrevino hace cosa de veintidós años y sólo los hombres talludos han podido participar en aquellas actividades.

Aludo al trabajo de los almadieros, al transporte de troncos por los ríos, en forma de almadías, que tiene como arranque los afluentes del río Aragón que nacen en las alturas pirenaicas, en los bosques de Irati, en la sierra de Abodi, en las alturas próximas al Pie d'Anie o Auñamendi, en los bosques de Zuriza, en la selva de Oza, etc.

Este trabajo nos es conocido por vía documental, con toda seguridad, desde la Edad Media, como veremos; pero hay derecho a buscar su origen en un período anterior de la Antigüedad. Puede pensarse que durante dos mil años por los menos ha existido..., para terminar en una fecha precisa y redonda a este siglo, en 1950, ante nuestros ojos, cansados o indiferentes. Remontémonos en las edades, abramos un libro concluido, al parecer, según su dedicatoria, el año 77 de J. C, cuando el poder imperial romano en la Península estaba afianzado y las provincias vivían con paz y estabilidad. Me refiero a la *Historia Natural* de Plinio. El cuadro que nos da éste de la vida vegetal en el mundo conocido entonces (y él había estado personalmente en Germania y en Hispania, dos extremos del mismo) parece bastante diferente al actual, en que aquella vida ha sufrido tantos y tan continuos deterioros.

Al comenzar su amplia descripción de los árboles y plantas, Plinio nos dirá -en consecuencia- qué árboles y bosques fueron los primeros proveedores de alimento, albergue y vestido que tuvieron los hombres. También que en su época había gentes que seguían dentro de un modo de vivir silvícola<sup>2</sup>. Esto explica que el culto a los árboles estuviera vivo por doquier, de suerte que de él quedaban muchos ejemplos en Grecia y Roma misma<sup>3</sup>. Los libros en los que el erudito latino describe los usos de los productos vegetales, parecen escritos con especial amor; y hay que reconocer, sin embargo, que suministra más detalles sobre ciertas sustancias que sobre otras y que las plantas exóticas le interesan acaso más que las comunes. De todas maneras, en su época, los romanos ya habían llevado a cabo una serie de aclimataciones de especies de un origen, en ambientes donde antes no se conocían. A la par, puede conjeturarse que, según fueron ampliando su Imperio, ampliaron también el volumen de la contratación de productos

2. PLINIO, N.H., XII (1), 1.

3. PLINIO, N.H., XV (2), 3.

vegetales de distintas clases, haciéndolo más seguro y permanente. A este respecto puede afirmarse que en el Imperio romano se dieron hechos de aclimatación y de explotación paralelos a los que, cientos de años después, se registran en el Imperio español.

Recordemos algunos ejemplos de *trasplante*:

Según Plinio mismo, hasta el año 74 a. de J. C. no se conocía el cerezo en Roma, siendo introducido por Lúculo después de la guerra contra Mitrídates; pero en su época había ya distintas variedades en el Imperio, y entre ellas una lusitana<sup>4</sup>. Más ilustrativo e importante, en lo que se refiere a la penetración de las especies cultivadas, es el caso del olivo, con el que abre el libro XV. Teofrasto, hacia el año 314 a. de J. C, afirmaba que el olivo no crecía más allá de cuarenta millas del mar. Un autor romano, por su parte, sostuvo que hacia el año 581 a. de J. C. no era conocido ni en Italia, ni en España, ni en África. En cambio -continúa Plinio-, *ahora* ha pasado los Alpes y se encuentra en el centro de España y de las Galias<sup>5</sup>. El ritmo itálico en la producción de aceite -precisa también- había aumentado enormemente en veintidós años, del 74 a. de J. C. al 52<sup>6</sup>.

Dejemos ahora a un lado los árboles frutales y los que son aún hoy base de la agricultura mediterránea. Transformaciones en el paisaje como las que han ocurrido en nuestra época en el norte de España, al cubrirse montes y laderas de árboles tales como el eucaliptus (en Asturias y Santander) o cierto tipo de pino (en las Provincias Vascongadas) se dieron también de hecho a lo largo del Imperio. Un árbol como el ciprés, que nos parece tan «típico» del paisaje mediterráneo de hoy, en Italia, Francia y España, dice Plinio que era en realidad *exótico* y de los más difíciles de hacer nacer<sup>7</sup>. Catón, por su parte, dedica más espacio que el común a los métodos de su cultivo<sup>8</sup>. Plinio creía que sólo en Creta crecía de modo espontáneo<sup>9</sup>. Pero aún había en su época árboles que se consideraba que vivían en sus países de origen: en los Alpes y Apeninos, en las montañas del Jura y los Vosgos, en Córcega, Bitinia, el mar Negro y Macedonia<sup>10</sup>... Es curioso que, al hacer una breve reseña de árboles que abundan o sobresalen por su calidad en un país, el erudito de Como diga que el enebro abunda mucho en España, y particularmente en el territorio de los vacceos: «Junipero eadem virtus quae cedro; vasta haec in Hispaniae maximeque Vaccaeis»<sup>11</sup>. En otro pasaje indicará que el boj, un tipo de boj, era muy abundante en los Pirineos<sup>12</sup>. Y es raro, en cambio, que, en la enumeración de lugares selváticos referida, no coloque a nuestra cordillera, que, sin duda, mucho antes de que él naciera era ya famosa por sus bosques y que incluso tenía un nombre que los griegos ya habían interpretado por su lengua partiendo de = fuego; porque -decían- hubo un incendio que en tiempos remotos hizo arder todos sus bosques, los cuales luego volvieron a ser espesos y fuertes. El incendio, antiquísimo, habría sido producido por el descuido de unos pastores<sup>13</sup>. El

4. N.H., XV (30), 102-103.

5. N.H., XV(1), 1.

6. N. H., XV (1), 2-3.

7. N.H, XVI, LX, 139.

8. «Agr.», XLVIII y CLI.

9. N. H., XVI, LX, 141-142.

10. N. H., XVI, LXXVI, 197.

11. N. H., XVI (76), 198.

12. N. H., XVI (28), 71: antes (20), 50 señala que el fruto del tejo es especialmente venenoso en Hispania.

13. DIODORO DE SICILIA, V, 35, 2-3. Los celtistas consideran que el nombre viene de «Byrin» o «Bryn» = montaña.

caso es que esta fama remota se concreta, porque en la *Ora marítima*, de Avieno<sup>14</sup>, se habla de los «pinifertae Pyrenae vértices». Es decir, que se considera que el pino predominaba en sus cumbres.

Estrabón afirma que el lado ibérico o peninsular de los Pirineos era más abundante en selvas que el que daba a las Galias y caracteriza a estas selvas como abundantes en todo género de arbolado; también como de hoja perpetuamente verde<sup>15</sup>. Es decir, que corrobora el dato de que abundaban las coníferas, cosa que ahora ocurre. Y, como hasta hoy, también los hombres pirenaicos de su época vivían de la explotación, de los bosques.



Fig. 1. Transporte de troncos con ganado bovino (Foto Marqués de Santa María del Villar).

En un epigrama adulatorio de Crinagoras se nos hablará de los leñadores del Pirineo, que eran los que vivían en los alrededores de las aguas termales a las que Augusto dio fama<sup>16</sup>. Se ha considerado que estas aguas eran las de Dax: «Aquae Augustae»; pero Shulten señala que, según un texto de Suetonio<sup>17</sup>, la cura fue del hígado y con agua fría, de suerte que esto no conviene a Dax, donde las aguas son calientes y recomendables para el reuma<sup>18</sup>. Por otra parte, Dax está ya en el llano y en tierra de fisonomía pecu-

14. Ed. SCHULTEN: *Fontes Hispaniae Antiquae*, I (Barcelona 1922), p. 74, v. 555.

15. 111,4,11 (161-162).

16. «Anth. Graec», IX, 419; ed. W. R. Patón, III (Londres 1968), pp. 232-233.

17. «August.», 81. *Fontes Hispaniae Antiquae* V (Barcelona 1940), pp. 187-188.

18. Los balnearios pirenaicos han sido usados por los habitantes de las dos vertientes de una manera constante. Así, en *L'Heptameron* de la reina de Navarra, al prefacio (ed. París, s.a.), p. V, vemos que la temporada en los de Cauterets (Cauderès dice el texto), se abría en septiembre y congregaba a gentes de Francia, España y otros lugares. En la ocasión

liar. Es posible pensar que se tratara de algunas fuentes del Pirineo aragonés, dado que Augusto hubo de moverse a lo largo del Ebro durante su estancia en España y las dos fases de su actuación directa en la guerra cantábrica. En todo caso, tiempo después, cuando la red viaria romana se halla ya muy bien establecida, cierta mansión situada en las mismas gargantas del Pirineo, entre la Península y las Galias, es denominada «Forum Ligneum», es decir, un gran mercado de leña<sup>19</sup>. Que la selva pirenaica ocupaba una gran parte del territorio correspondiente a los vascones, lo atestigua asimismo Plinio al indicar que el «Vasconum saltus» iba del Pirineo al Océano<sup>20</sup>. Este «saltus» es citado también, tiempo después, en la correspondencia de Ausonio con San Paulino de Nola<sup>21</sup>, como tierra poco poblada y apartada del mundo civilizado.

Dejemos ahora a un lado las amplificaciones retóricas de los poetas y cronistas. La población antigua de las zonas más frías del Pirineo es una población de pastores, de leñadores y de comerciantes de madera, similar a la que se concentra en otros medios parecidos. Estaba condicionada por el clima y se ajustaba a principios de economía y tecnología de los que Plinio también dice algo en términos generales que ahora vamos a examinar rápidamente. Refiriéndose al falso abeto o abeto rojo indica: «Picea montis amat atque frigora». En el mismo pasaje parece dar a entender que, en tiempos anteriores al suyo, se había usado menos, que era un árbol funeral en esencia; pero en su época se usaba en la construcción de casas, por la facilidad con que se trabajaba su madera («iam tamen et in domos recepta transili facilitate»)<sup>22</sup>. Esto ya indica la existencia de un comercio regular de las alturas a los llanos, en términos generales. De los muchos usos de los árboles hay que destacar ahora dos, uno en la construcción y otro en la navegación<sup>23</sup>. El pino es, en general, árbol de construcción, dejando ahora a un lado su aprovechamiento como productor de resina y pez, sustancias que nos dirá que, en Europa, las producen seis clases de árboles relacionados entre sí, «pinus», «pinaster», «picea», «abies», «larix» y «taeda»<sup>24</sup>. De estas seis especies hay otra particularmente montícola, además del falso abeto: el abeto verdadero o «abies».

II. Este abeto era el que tenía más demanda en la antigüedad, y Plinio dice que también crecía en las montañas más altas, *como si huyera del mar, que era donde más se usaba, para construir naves*<sup>25</sup>. Pero aún hay más: por su texto se ve que el abeto era transportado de aquellas alturas en que vivía a las costas, *utilizando las corrientes fluviales*<sup>26</sup>, y después de haber sido labrado de modo especial; los editores de Plinio dudan, al leer el pasaje

imaginada, a causa de las grandes lluvias, los que conocían bien los caminos de montaña, volvieron a España con menos peligro que los que intentaron bajar hacia Tarbes.

19. *It. Ant.*, 452, 10.

20. N. H., IV (20), 110.

21. El «Saltus Vasconum» sale primero en Plinio, N. H., IV (20), 110; AUSONIO, *Ep.*, XXIX, 50-52; SAN PAULINO, *Ep.*, X, 202-220. Se conoce mucho antes el «ager». TITO LIVIO, fragm. 91, y SALUSTIO, *Historiae*, III, 93.

22. N. H., XVI (11), 40.

23. PLINIO, N. H., XII (2), 5.

24. PLINIO, N. H., XVI (16-19), 38-45.

25. PLINIO, N. H., XVI (18), 41 «Similiter abieti expititae navigiis situs in excelso montium, maria fugerit...».

26. PLINIO, N. H., XVI (76), 196, y antes XVI (73) 186.

«haec qua diximus ratione fluviata...», entre colocar después los verbos «detoratur», «decorticatur» y aun «decoratur». Pero el caso es que el aprovechamiento del abeto daba lugar al desarrollo de una actividad técnica, que era la de la construcción de almadías, acerca de la cual vamos ahora a decir algo. El que la palabra almadía sea de origen árabe, no indica nada con relación al origen de la industria o industrias que exigen construir el artefacto así llamado; porque, en primer lugar, hay una palabra latina con que se designó. «Ratis» o «rates» es -en efecto- la almadía en latín. «Ratariae» o «ratiaria», una especie de embarcación que se asemejaba a ésta. La palabra está usada en textos latinos muy viejos para designar cierto tipo de embarcación simple, o de un modo algo metafórico<sup>27</sup>.

La profesión de «ratiarius» está documentada en textos e inscripciones<sup>28</sup>.

San Isidoro dirá: «Nunc iam rates abusive naves; nam proprie rates sunt conexae invicem trabes»<sup>29</sup>. Fiesto sólo se referirá a una simple estructura: «Rates vocantur tigna conlligata, quae per aqua aguntur; quo vocabulo interdum etiam naves significantur»<sup>30</sup>. Es, pues, la almadía algo conocidísimo en el mundo romano e inmediatamente posterior.

En romance del norte de España, la voz «ratis» da «rades». Esta palabra se halla documentada en textos por entero romances, como la *Vida de Santo Domingo*, de Berceo, donde se lee: «... pasar ovo de orto ya las rades»<sup>31</sup>. O en textos de latín medieval, llenos de voces transformadas. Así, en el Fuero de Logroño, según la lección de Muñoz y Romero, hallaremos consignado el privilegio de que puedan usar sus habitantes «ut ubicumque invenirent ligna, montes, *rades* ad cremare»<sup>32</sup>. Había, pues, almadías por aquella parte del curso del Ebro cuando se dio tal fuero.

El problema económico en relación con tiempos anteriores es parecido al que plantea la trashumancia. ¿Hasta qué punto las fronteras entre moros y cristianos que quedaban sobre el gran río impedían la comunicación de los montes y los cursos superiores de sus afluentes, el Aragón sobre todo, con las riberas del Ebro, donde estaban los mayores núcleos urbanos, como Tudela y Zaragoza? Es difícil responder a la pregunta, aunque hay derecho a pensar que la situación económica siguió las alternativas de la situación bélica. En todo caso, tanto en el lenguaje pastoril como en el de los almadieros, queda la huella arábica<sup>33</sup>.

Para aclarar tanto la teoría de las funciones como la de las estructuras en el campo de la antropología, habrá que profundizar en el estudio de las condiciones económicas y de los conflictos bélicos en un ámbito en que se han dado, en aparente contradicción, ciertas actividades del primer tipo y luchas memorables entre pueblos distintos. No será ésta la ocasión de desa-

27. VARRON, L. L. VII, 23.

28. JULIO PAULO, XIII, 7,30.

29. *Etym.*, XIX, 1, 9.

30. *De verborum significatu cum Pauli epitome edidit W. M. Lindsay* (Leipzig 1913), p. 339 s. v.

31. Estr. 223, B.A.E., LVII, p. 47 a.

32. *Colección de fueros municipales y cartas pueblas...* (Madrid 1847), p. 339.

33. El cruce lingüístico del Roncal es complicado a causa de: la peculiaridad del antiguo vasco roncalés, que ha desaparecido en nuestros días; la frontera con las hablas romances pirenaicas muy antiguas; y la influencia del habla del Ebro, que cada día ha sido más fuerte. El vasco ha sido estudiado por el Príncipe Bonaparte, Azkue (sobre la correspondencia con don Mariano Mendigacha), el P. Hualde Mayo, Beloqui, Elósegui, Sansinenea de Elósegui, Michelena, Izaguirre, Estornés y otros. El romance, por Krüger y Werner Bergmann.

rollar la teoría general, mas sí de hacer hincapié en la importancia de este ejemplo.

Porque resulta que, en las sociedades tradicionales, las unidades de interés económico, como las constituidas por pastores trashumantes o almadieiros, no corresponden a otros tipos de unidad; la etnográfica local, la lingüística «regional». Ni siquiera su mundo circundante es el mismo, sino que viven como a caballo entre dos y aun tres. Lo que esto puede significar para originar cambios y variaciones no se estudia en teoría como otros factores de estabilidad y aun pretendido inmovilismo. Pero sigamos con el ejemplo.

Tomando el Ebro (considerado vascón por antonomasia en algún poema latino<sup>34</sup>) como eje mayor de comunicaciones de sudeste a noroeste, hay otro río, que no aparece en los textos clásicos, que es también *vascón* en todo su recorrido y que ha dado lugar a un condado medieval famoso, que, a su vez, se vino a convertir en reino: aludo al Aragón. Éste sirvió para establecer comunicaciones de sur a norte y viceversa. En un tramo, también de oeste a este, y con sus afluentes constituyó la base fundamental para el antiguo comercio de madera entre las alturas pirenaicas y el Mediterráneo o la parte de Aragón constituida por lo que se llama Ebro medio y Bajo Aragón. La constitución del reino de Aragón, desde el punto de vista fisiográfico, se considera definida por una pequeña parte de la provincia de Zaragoza y la mayor de Huesca, que es el Alto Aragón o septentrional, las zonas medias y bajas indicadas, el núcleo ibérico con Calatayud y Daroca como principales puntos de referencia y las altas tierras turolenses del Mediodía<sup>35</sup>.

Esta división fisiográfica actual no coincide, ni mucho menos, con las antiguas divisiones etnológicas, porque la parte septentrional de Jaca pertenecía a los vascones, que de un lado se extendían hacia el Atlántico y de otro bajaban por el Ebro hasta no lejos de Zaragoza, Alagón, y dominaban en Ejea, etc.<sup>36</sup>. Por otra parte, los ilergetes, vecinos de los vascones por el este, llegaban desde los Pirineos altos de Huesca hasta cerca del Ebro, ocupando Lérida en gran parte. Navegando Ebro arriba se llegaba a su territorio<sup>37</sup>. Resulta, pues, claro que hay ciertos grupos humanos grandes, que comprenden varias ciudades y unidades gentilicias menores, los cuales se extendían del llano ibérico a las cumbres pirenaicas. Esto debe hallarse condicionado por factores económicos; y personalmente pienso que, tomando como ejes los principales afluentes del Ebro por el norte, es decir, el no nombrado Aragón, el Gállego o «Gallicus» (que de las estribaciones del Pic du Midi a Zaragoza da un eje magnífico) y el Segre o «Sicoris», con los ríos relacionados con él, la división étnica está condicionada por un tipo de pastoreo trashumante y acaso también por el mismo comercio fluvial<sup>38</sup>. No por «unidad de medio», sino por combinación de elementos significativos en el mundo perceptible.

34. Así en Prudencio, *Peristeph.*, II, 557-58.

35. Véase el mapa de «Estudios geográficos», VI, p. 560.

36. PTOLOMEO (II, 6, 10 y 11, 6, 66) citará a «Jaca» y «Alavona» entre los vascones. Las localizaciones de norte a sur de Estrabón, III, 4, 10 (161); III, 3, 7 (155) fijan en un extremo Oiasso y en otro las tierras del Ebro.

37. PTOLOMEO, II, 6, 67.

38. El *It. Ant.* 452v. 7, coloca un «foro de los galos» *un mercado*, en sus orillas, sin duda, más al norte de Zaragoza y antes de «Ebelino». En otro pasaje (451, 3) marca la existencia de «Gallicum».



III. Durante la primavera de 1971, con motivo de que en Burgui, valle de Roncal, se montó una almadía a fin de dejar testimonio gráfico de ella en un film que ha terminado mi hermano, Pío Caro Baroja, para la «Institución Príncipe de Viana» de Navarra, recogí algunos testimonios acerca de la vida de los almadieros pirenaicos, que vienen a comprobar lo que sobre ellos escribió, poco antes, José de Cruchaga y Purroy en un estudio sobre otros valles navarros<sup>39</sup>.

Estos testimonios vienen a ilustrar algo de lo dicho antes. También servirán para deshacer algunos equívocos con respecto a la vida rural en conjunto y su falta de «matematización». Porque, si hay alguna actividad sujeta a reglas y auna leyes físico-matemáticas, es la de almadiero.

La corta y la labra de los troncos se llevaba a cabo desde mayo a agosto (sobre todo desde julio), cuando las aguas bajan más por deshielos y hace tiempo soleado. A esto se le llamaba cuadrar la madera. Los árboles se señalaban con una cuerda marcada con carbón, y la saca desde los lugares donde estaban a sitios (puestos) más apropiados para manipular se hacía con caballerías, mulos sobre todo (ganado bovino por Salazar) (fig. 1). Llevaba cada bestia arrastrando varios troncos en reata o enreatados. Ya pasados los barrancos, en el río, se aparejaba un sitio que servía de atadero. Allí los troncos se recortaban. En la parte delantera y trasera de cada uno se le hacían unos agujeros con una barrena o taladro. Puestos unos juntos a otros, en grupos de distinta proporción, se unían metiendo por estos agujeros varas de avellano muy flexibles, con las que se hacía un *cosido*. De esta manera quedaban constituidos los tramos de almadía, que eran diferentes, según su situación en ella. El *tramo de punta*, es decir, el que iba delante, solía ser más largo que los otros: medidas normales eran las de 5,50 y 6,50 metros. Éste tenía la parte de atrás, o popa, algo redondeada o arqueada, y siempre era también más ancho por detrás que por delante, estudiando el grosor de los árboles para obtener la figura, puesto que siempre tienen alguna diferencia de diámetro de abajo arriba. La curvatura posterior del tramo daba flexibilidad a los movimientos de la almadía en los cauces sinuosos. El tramo segundo era algo más corto y se unía al primero (como los restantes) por unas ramas más gruesas y duras de roble o abedul (betullo); era menester calentar para manipular con ellas y con las que se hacían uniones llamadas chinturas. La chintura central de unión del primer tramo con el segundo era más fuerte que las laterales, por lo mismo que tenía que aguantar movimientos mayores. Entre el tramo segundo y el tercero, o entre el tercero y el cuarto (que solían ser de tamaño parejo), las chinturas laterales eran, por lo contrario, las más sólidas (fig. 2). Cada tramo tenía una sirga para atarlo a la orilla del río cuando se paraba la almadía. En la parte delantera del tramo de punta se aparejaban dos palos fuertes o clavilotes, para colocar allí un aparejo de ramas flexibles, el testimbao, donde se sujetaba un remo, un remo por cada juego, que eran dos. Estos remos, que tenían ocho, nueve o diez metros, y que se labraban dándoles como una empuñadura para moverlos con las manos y una curvatura en la punta, eran los que movían los punteros. La importancia de los punteros en el trabajo era decisiva, en cualquier conversación podía surgir el símil. Hay que saber quién es el puntero para montarse. En la parte delantera del segundo

39. *Un estudio etnográfico de Romanzado y Urraúl Bajo*, en «Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra», V (1970), pp. 175-181 especialmente.

tramo, a la mitad, se colocaba otro tronco o rama que servía de ropero, donde se ponían las alforjas y el ternasco que servía de alimento principal a los almadieros.

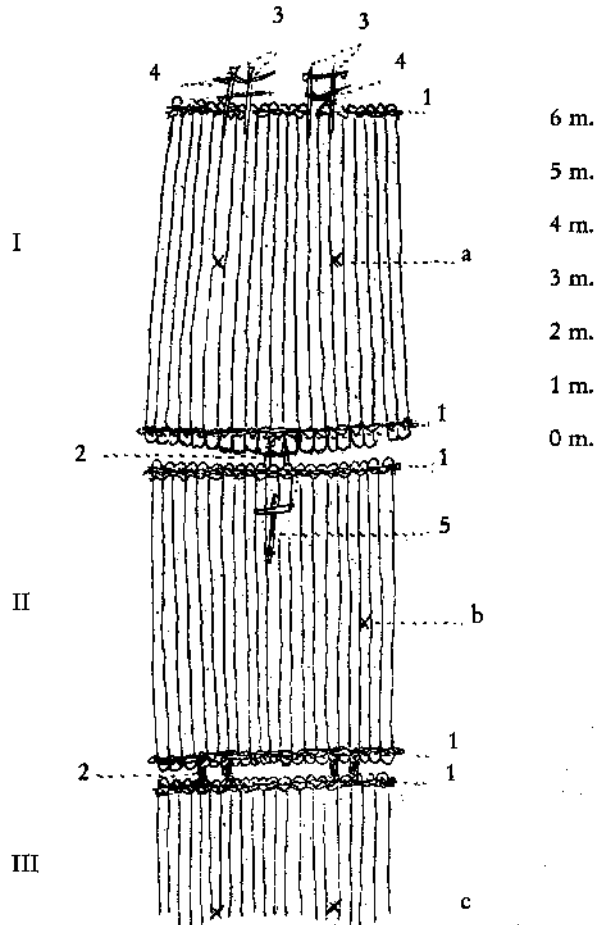


Fig. 2. Esquema de almadía: I, tramo de punta. II, tramo segundo. III, tramo tercero, etc. (hasta el tramo de culo). 1, cosidos; 2, chinturas; 3, clavillotes; 4, testimbaos para remos; 5, ropero; a) colocación de los punteros, b) colocación de los costaleros, c) colocación de los coderos.

Y en el tramo último, o tramo de culo, había otros dos juegos con testimbaos para los remos de atrás manejados por los coderos. También iba un costalero, que atendía a los movimientos laterales.

La constitución de la almadía era uno de los trabajos tan sólo dentro de la actividad de los almadieros y de los pueblos dedicados a la corta y transporte de la madera. Los ríos debían estar bien almadiaados para evitar dificultades, es decir, que había que limpiarlos o mondarlos. Hoy, claro es, no existe este cuidado. Había que tener bien dispuestos los reguladores de la corriente o corrientes fluviales. Uno lo constituía ya la balsa de Uztaarroz. Otro, la del río en Belagoa. Más abajo había otros. En Urzainqui y en el Roncal había presas pequeñas. En Burgui hay otra mayor. Ésta era punto

de referencia famoso, así como el puente (fig. 3). A Urzainqui, por otra parte, le caracterizaba el muelle almadiero (fig. 4). Cuando las corrientes eran flojas, se abría una *balsada*, como cuando se abrían las presas de los molinos para mover las ruedas, y el aprovechamiento de esta corriente daba lugar a piques y discusiones entre almadieros. Los que han trabajado en el oficio afirman que, antes que la almadía se moviera por la corriente del agua, se notaba ya el efecto de la corriente de aire que se producía al abrir las compuertas, el tramo de punta era objeto de atención especial. Los tramos más peligrosos estaban en el barranco de Uztarroz y el de Belagoa antes de constituirse el Esca propiamente dicho; y sobre Burgui, la escotadura de la Bochueta. Más abajo los Congustos.

Los almadieros del valle de Roncal trabajaban en trayectos diferentes, con arreglo también a contratas distintas. Había, en primer lugar, patronos grandes y patronos pequeños que compraban la madera a propietarios particulares o a ayuntamientos que sacaban lotes en venta subasta. La ganancia dependía, pues, del precio pagado inicialmente. En un tiempo se consideraba que ganar cien duros limpios por almadía llevada del valle a Zaragoza era algo óptimo dentro del negocio. Los jornales en vida de los viejos actuales pasaron de cinco reales (el jornal más antiguo de que se tiene memoria) a cincuenta pesetas.

El ajuste de la madera se hacía por medida: de secenes a catorcenes. Cada tramo podía llevar de seis piezas a veinticuatro, según el diámetro.

Pero, del Esca al Aragón, los tramos aumentaban y, en proporción, el personal se reducía. Tres almadías del Esca venían a constituir dos cargas o cargueta de madera. En el Aragón había almadías de dos cargas, o de trece y aun dieciséis tramos. Calculaban el trabajo por jornadas, así, por ejemplo, unos almadieros de Burgui podían salir a las cuatro de la mañana del pueblo para montar dos almadías en Uztarroz, volver a dormir a Burgui y repetir la operación. Bajaban luego a la venta de Carrica y volvían a Burgui, últimamente en camioneta. Pero los viajes podían ser más largos o más cortos en tiempo, según las corrientes y las aguas, por defecto o por exceso de ellas. Un viaje normal a Zaragoza podía durar ocho días con paradas mayores en Burgui, Sangüesa, Carcastillo, Milagro, Tudela, Alcalá del Ebro y la capital aragonesa, volviendo al Roncal en tres días andando. En el río Aragón había muchos puntos peligrosos, como la presa de Santacara. Más abajo eran también peligrosas las presas del Bocal y de Tudela y los malecones de Casetas.

Respecto al pino silvestre y al abeto se advierte que en la parte meridional del valle, es decir, en Burgui, se hacen más lentamente que al norte, en Isaba. Hay quien calcula que lo que aumenta un árbol en cuarenta años al norte, cuesta el doble al sur; pero, en cambio, la calidad de la madera del sur es mucho mejor.

El abeto va escaseando. Hay una mancha importante en la «Selva fuerte» de Isaba, y de aquí se han sacado troncos de dieciséis metros para «velas», es decir, mástiles de barcos. Las almadías de esta clase de troncos eran especiales. Constituían un solo tramo de siete u ocho troncos cada uno. Algunos de los almadieros más viejos, entre los que hoy viven, han bajado hasta Tortosa, con esta clase de material; pero los más sólo han llegado a Zaragoza, donde paraban bajo el templo del Pilar, y no faltan los especializados en almadiar en la Ribera o los que hacían sus tratos más frecuentes del Roncal a Milagro. Conocen éstos las tornas, los malecones, los lugares donde la almadía se puede engolfar, los puntos buenos para tranquear, etc., al dedillo.

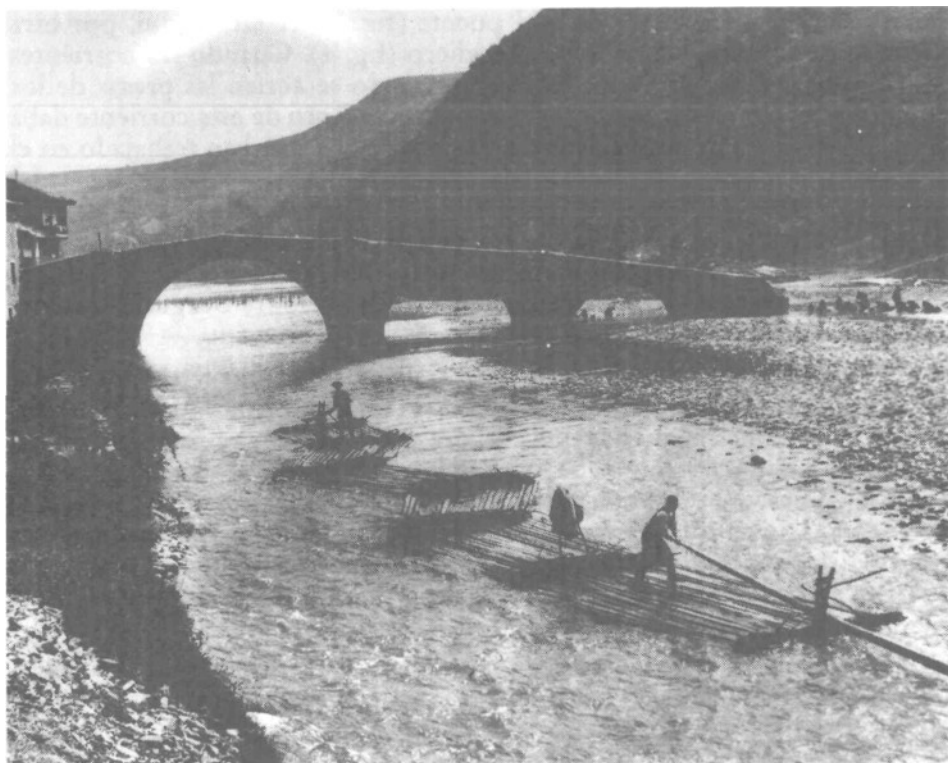


Fig. 3. Puente y presa de Burgui. (Foto Marqués de Santa María del Villar).



Fig. 4. Muelle almadiero de Urzainqui, desaparecido (foto Marqués de Santa María del Villar).

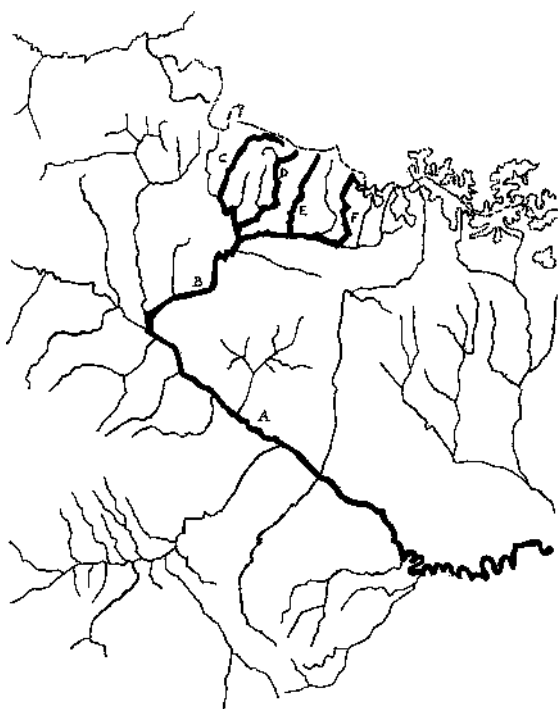


Fig. 5. Los ríos pirenaicos almadieros afluentes del Aragón y subafluentes del Ebro.

La vida del almadiero estaba llena de peligros. Tenía también su lado atractivo, aunque se reconoce que nadie salía de apuros con ella. Se dice así que los almadieros comían mejor que los pastores. El ternasco, asado mejor o peor, hacía el gasto cuando la almadía paraba en despoblado. Los tripulantes se ponían de espaldas a los trozos de carne asada, y así decían a quién le correspondía el que tenía detrás para evitar favoritismo o privilegio. Al llegar a Sangüesa iban a una posada conocida. En Zaragoza, allá por los años 20 y 25, iban a los teatros y cafetines. No falta alguno que recuerda con nostalgia la primera vez que entró en el «Royal» o el «Coliseo» a gozar de las delicias de la civilización, viendo *Las Leandras* u otra revista de este tipo. Pero también se acuerdan de muertes de parientes y amigos. A este respecto se considera que el Esca es menos peligroso que el Salazar. Muy mala fama tiene por lo peligrosa la foz de Arbayun (fig. 6), por la que bajaban los salaceneos rivales y vecinos de los roncaleses por la parte occidental. Por la oriental, los ansotanos no parecen haber usado mucho últimamente el Veral. En cambio, los de Hecho sí, son famosos almadieros que van por el Subordán abajo.

El río nos da, pues, un eje de comunicación importante entre los altos valles pirenaicos del antiguo reino de Navarra y el condado de Aragón primitivo, de un lado, y las tierras del Ebro, de fisonomía completamente distinta, de historia diferenciada también, de otro. Puede decirse que son las zonas de «cabeza» en el comercio almadiero, las zonas de Reconquista, mientras que el curso inferior del Aragón y el Ebro constituyen zona de presa o de conquista desde siempre. En el mapa de la figura 5, se da un esquema que expresa la relación entre el Ebro (A), el Aragón (B) y los ríos almadieros de tierra vasca hasta hace poco: el Irati (C), el Salazar (D), el Esca (E) y por último el río de Hecho (F). Sería curioso comparar las tradi-

JULIO CARO BAROJA

ciones almadieras de esta zona con las de otras partes de la Península y aun con las de América, aunque creo que los más famosos ríos con comercio de madera de América del Sur parecen regirse por una tradición portuguesa u occidental. Así, la clásica «jangada» de los grandes ríos parece inspirarse en balsas o almadías de tradición marinera. El «jangadero» o «jangadeiro» es un personaje romántico del Paraná y otras grandes corrientes, símbolo de la vida libre y peligrosa, apasionada y no sujeta a normas. Nuestros viejos almadieros de las humildes almadías pirenaicas, que habían de afrontar otros peligros en corrientes torrenciales (véase la fig. 7), eran también hombres considerados como alegres y libres, sin aquella vitola romántica. Y los chiquillos o las mozas les decían:

«Almadiero, almadiero:

¡Mucho trabajo y poco dinero!»

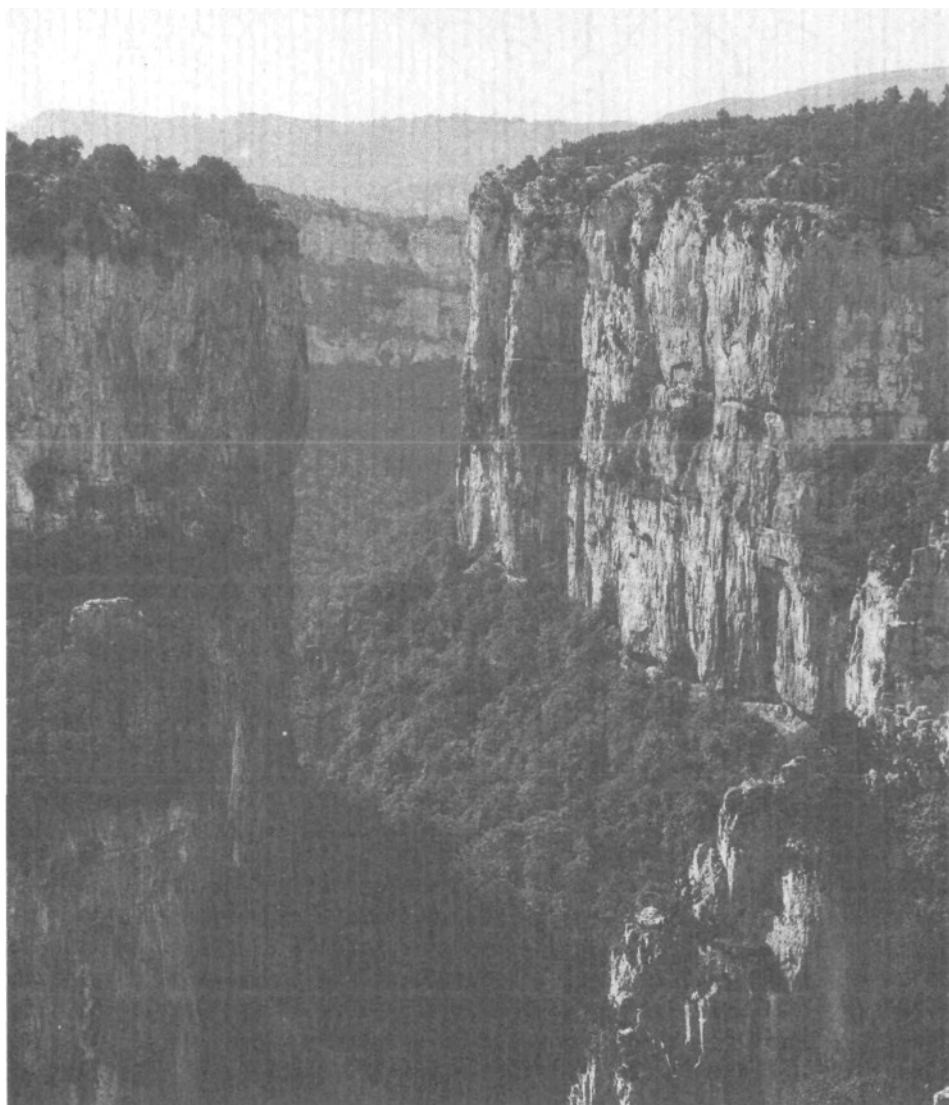


Fig. 6. Foz de Arbayun. (Foto Marqués de Santa María del Villar).

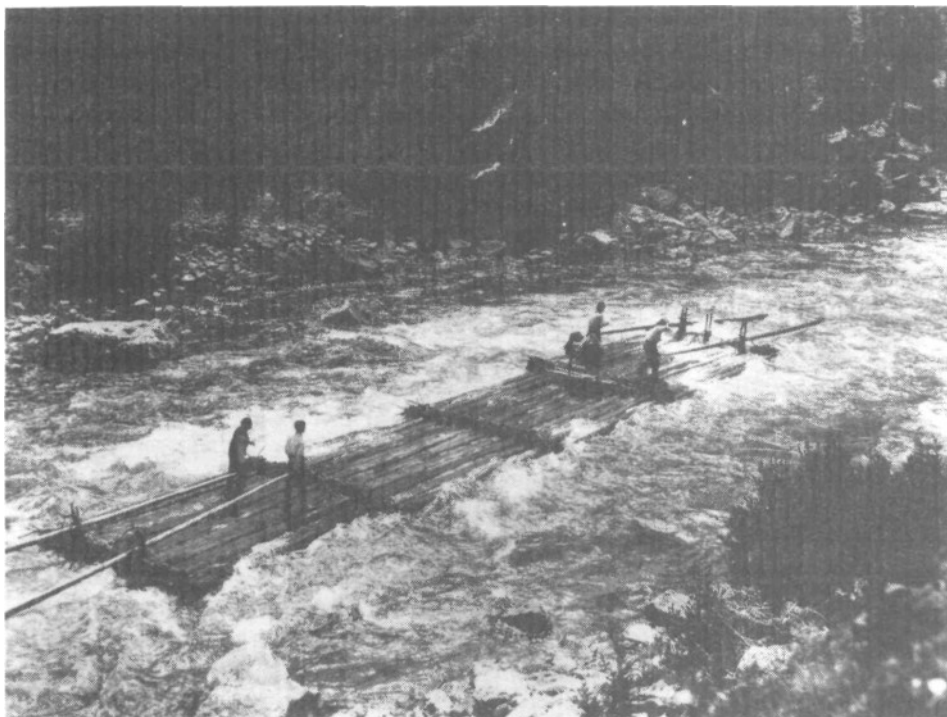


Fig. 7. Almadía en una foz. (Foto Marqués de Santa María del Villar).

## SOBRE LA ANTIGUA VIDA PASTORIL EN EL PIRINEO NAVARRO

Examinemos ahora otro eje Norte-Sur, condicionado por el pastoreo.

La vida pastoril, objeto de la predilección de muchos folkloristas y etnógrafos, que ven en ella un reflejo fiel de la vida más primitiva o arcaica, tiene en Navarra formas muy importantes y antiguas de especialización. En otra ocasión estudiaré de nuevo los sistemas de trashumancia clásicos en la Edad Media; también lo que han significado en tiempos modernos o en nuestros días. Ahora quiero hacer ver que la regulación de las normas de esta vida fue objeto de mucha legislación local en la Baja Edad Media y que esta legislación ha tenido vigencia hasta la época actual. Estudiemos un caso.

En el Archivo General de Navarra, Sección de Papeles Suelos, hay un legajo con tres piezas<sup>40</sup>, sobre los montes Irati y Alduides, y concretamente con un pleito del valle de Salazar contra el fiscal y patrimonial sobre pertenencia del bosque de Irati. Recoge mucha documentación desde el siglo XIV hasta la época de dicho pleito (1819), y en la pieza tercera hay copiado un documento que lleva fecha de 1 de junio de 1379, en que se certifica un reconocimiento<sup>41</sup> de los términos y caminos de la comunidad de Salazar llevado a cabo por hombres de autoridad. Sigue a éste otro<sup>42</sup> del 12 de junio del mismo año, en que se da cuenta del reconocimiento de las «alchombideas» de toda la comunidad.

40. Número 88, carpeta 4.

41. Fols. 186v-189r.

42. Fols. 189r-192v.

En estos documentos, los hombres elegidos a este fin por el valle o las villas de la tierra de Salazar son calificados de «viellos»<sup>43</sup>: «Sepan quantos esta presente carta verán o ohiran como nos hombres viellos elleitos por las villas de la tierra de Sarasaz por pasar y para conocer las "Alchombideas" de todo el comunitat de la tierra de Sarasat...»<sup>44</sup>. Es decir, que en las cuestiones del saber y consejo regía una especie de senado, como entre los montañeses septentrionales antiguos<sup>45</sup>.

Estos «viellos» reconocen, pues, las «Alchombideas de todo el Comunitat de la tierra de Sarasat para hir benir los ganados de los puertos y de las Bardenas»<sup>46</sup>.

He aquí las rutas reconocidas: A) Empiezan en Santesteban de Ochagavía «por la agua en suso por el camino»; siguen por el costado en suso del monte a la borda de «Pasqual Atabe»; luego por la sierra a la borda de Legarre; de Santesteban, por el monte de Micarro, a Micarrondoquia; de allí a suso, por la sierra a Otonecuruchea. B) Otro camino empieza en Ailuzea por la sierra Accanagacha y Descanagacha; sigue por la sierra a la borda de Olca; de allí a Municorrigaña por la sierra; ae allí a San Cruz de Oronz; de allí por el camino, a Chorcatea; por la sierra, luego, al camino de (Jorca y de allí a Corcagaña o Corcagaina; allí a suso, por la sierra, a la pieza de Arnabe Sanz, dicho Martín Gil, «que fue, al extremo de la parte de Izalzu, al bado que pasa el camino, por el camino de una parte de Ochagavía al camino de Goimendi»; de allí a suso, por el camino a la Picereca; «et si de la borda de Gornica por el camino de la bail a la borda de Aznar»; «Gordaillo a suso» (fol. 190 v). Sidara a la borda: de Guindaburia al cubilar de Cuarraldea; de allí al pescuezo de Cuarraldea. C) Un tercer camino se da comenzando en la borda de Juan Ezquerra; pasa por el agua, por la sierra, Colagainza (o Acolaguinza); de allí por el camino de la sierra, a la pieza de Martín Errala, donde están «las piedras plegadas por mojón»; de allí, por el camino de la sierra, a «Quolagaña et de Quolagaña señalando el puerto, dejando en la mano derecha a la borda quemada»; y de suso a los puertos por la «ezquerra» y camino de la sierra a Rajacolurobuena (?), y de allí a Iniguidoigaina o Finguidoigaina y a Zuaçolagaraicoa a la sierra de Arrancasaue, y de suso la sierra de Lierbane, a la borda de Pero Sanz Bazterreco. D) Otra ruta se marca de Çuagóla por el camino de Barricaloa y de Cerricaloa al portillo de la Vaiz (Larraiz); de allí, por el camino a Ygariatea, y de allí por el camino también, a la puente de Güesa. E) Otra ruta desde la borda de Pero Sanz Bazterrecoa, por el camino, a Zereguiatea; de allí a la borda de Arnach (fol. 191r); de allí a la pieza de Jimeno de Iriarte; por el camino, pasar en la Goaz (Lagoaz) al soto, atravesándolo, y de allí a la pieza de Juan Lopis y de ésta a la de Aznar de Let, situada en la sierra; de allí a la pieza de Sancho Videgaray y de ésta a la de Domingo Sarrias y en suso a la pieza Petrichama, «que es agora de Don García»; de ésta al camino; por el camino llegar al «agua»; siguiendo aún el camino a Sasari; y «por el camino abriéndolos camino al portiello de Sanataondoa e del dicho portiello de Sasari por el camino a Sasaribochea, et de la dicha bochea a la pieza de Iñigo Sanz et por allí a suso los ganados yendo enta la Bardena viniendo enta la montaña por la pieza del dicho Yñigo a Sasibenacacuca por el paso a suso a Sasarigaratea, et dallí por la pieza de Lope Arnat qui fue, et de la

43. Fols. 186r y 189r.

44. Fol. 189r.

45. Según testimonio de Estrabón, III, 3, 7 (155).

46. Fol. 189r. «Alchumbideas» también, fol. 189v.



dicha pieza a la pieza de García Ruis qui fue, por cabo de suso a la pieza de Aznar Arrailu a la pieza de Juan Ruiz qui fue al extremo de (fol. 191v) suso tomando doce codos en la pieza et otros doce a la sierra a suso al camino de Vidangoz y por el camino camino a los salces de Egue e de los dichos salces por el camino de Burgui, ata que ayan salido del término de Uscarres». F) «Otrosí otro camino pasar en la puente de Sarries por el camino a la villa de Ibilcieta, y de la villa por el camino a la puente de Santa Cicilia pasar en la puente por la pieza a suso Corro Corro al mojón de Eguilburua que está en el camino de Jaurieta que está entre los términos de Ibilcieta e de Esparza, e del dicho mojón por el camino de Jaurieta camino camino al berro de García Reque, e del dicho berro a la meaca de Caldzcai, e de la dicha meaca por el camino a la pieza de Lope Urroz e de la dicha pieza por la sierra a Haraueta, e de allí adelante por la sierra al camino de Ochagavía, e del dicho camino por la sierra a Yrungaztelua e Arizbacoica». G) «Otrosí otro camino camino de Mendi y Susia (Mendisusia) por Nabarbidea camino camino a Yrungaztelua a Arizbacoica; otrosí, de Arizbacoica por el camino camino, puente de Bacosti, et de la puente por el camino al portiello de Corizu». H) «Otrosí camino tomar en Santa María de Ezcaroz por camino camino a los dos robres, de Ydigaira, e de los dichos robres pasar en la sierra por meyo del bedado, por Corro Corro a borda de Marcho Larraineta qui fue, et de la dicha borda, por el cerro que claman Maracocerniegua por el camino de Yzcico»<sup>47</sup>.



Fig. 8. Pastor roncalés  
(Foto Marqués de Santa María del Villar).

47. Fol. 192r.

## JULIO CARO BAROJA

Termina: «Et nos los sobre dichos viellos otorgamos et benimos de conocido que abemos pasado las alchumbideas por los sobre dichos lugares; todos concordablemente e decimos que las dichas alchumbideas en cada logar sean veinte y quatro codos sin mas, e sino no menos según nuestros antecesores usaron y nombraron...<sup>48</sup>».

Puede que la copia contenga algún nombre mal leído; pero, de todas formas, el documento nos señala hasta ocho rutas que de Salazar salen a la Bardena, río abajo, para unirse a la gran cañada que conducía a los ganados del Roncal, luego de pasada la sierra de Leyre. Estas ocho rutas han sido usadas hasta hoy, y sobre todo los puentes y los puntos de confluencia tenían un significado primordial. Ahora bien, si consideramos el documento desde otro punto de vista, nos encontraremos con que nos revela la semejanza entre las costumbres jurídicas y el vocabulario relacionado con ellas de los pastores salacencos del siglo XVI y las de los suletinos de siglos posteriores; lo cual puede ponerse en conexión con el hecho lingüístico de a relación del dialecto salacenco con el suletino mismo<sup>49</sup>.

Considero -en efecto- que entre las viejas ordenanzas pastoriles del valle de Salazar y los fueros y costumbres del país de Soule hay bastantes puntos de contacto en relación con los usos y costumbres de los pastores precisamente; el texto que conozco de los segundos es el publicado por Haristoy, acordado por Maître Jean Dibarrola, en 1520 11.

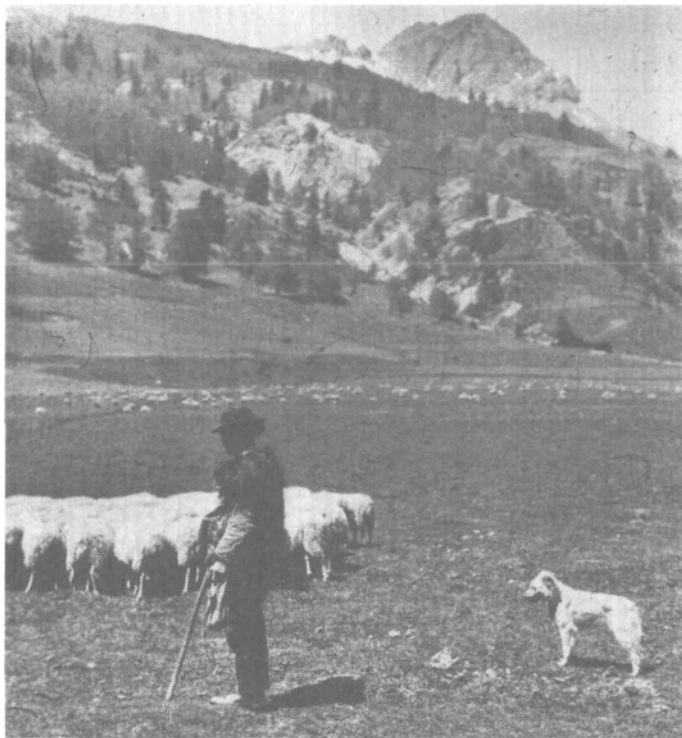


Fig. 9. Rebaño en el Roncal  
(Foto Marqués de Santa María del Villar).

48. El escribano es Sancho Sanchiz de Izaill: «escribano público y jurado por autoridad real en la tierra de Salazar».

49. La conexión de los dialectos es aún tema de estudio.



Fig. 10. Pequeño rebaño de tránsito a la montaña (Foto Marqués de Santa María del Villar).

Sociedad o compañía formaban los ganados de Soule, constituidos en una cabaña. Cada uno subía ésta a los puertos («bortuak»), desde el día de «Septem Fratrum» («Corstobolo» en la lengua del país), por los «altchoubides», hasta «San Pedro ad Vincula»; el resto del año la estancia se prohibía («debekatu»), salvo en una montaña ". Un decano o «mayorau» imponía el orden en la cabaña ". De estos «altchoubides» hablan también otros documentos ", como de ciertas expresiones y términos que aparecen en el mismo texto y que resultan muy aclaratorios.

La palabra «erem», que sale en los fueros de Soule (1520)<sup>54</sup>, parece encontrarse en topónimos vascos como «Hermua»<sup>55</sup>; también en apellidos, por ejemplo Hermiaga<sup>56</sup>. Es el yermo. Pero creo que hay que llamar más la atención sobre otra palabra ya citada varias veces que sale en el documento salacenco de 1379 y en los fueros de Soule, con poca variación ortográfica: la de «alchombidea» o «altchombide».

Juzgo que hay que ponerla en relación con el verbo «altxatu», que aún se usa en vasco, de un lado. De otro, con la expresión castellana «alzada»,

50. P. HARISTOY, *Recherches historiques sur le Pays Basque* (Bayona, París 1854), II, pp. 379-450. Parece que hubo dos ediciones, de 1553 y 1604 (p. 380). El texto estaba redactado en gascón.

51. HARISTOY, *Recherches...* cit., II, pp. 402-403 (rúbrica XIV, arts. 1 y 2).

52. HARISTOY, *Recherches...* cit., II, p. 405 (rúbrica XIV, art. 14).

53. MIGUELEÑA, *Apellidos vascos* (San Sebastián 1953), p. 39 (núm. 37).

54. HARISTOY, *Recherches...* cit., II, p. 400 (rúbrica XIII).

55. MICHELENA, *Apellidos vascos*, p. 61 (núm. 215).

56. Los «yeremos» parece quedaban, generalmente, entre villas o tierras de labor y eran objeto de discusión (*Fuero general*, p. 33, I, II, 1).

referida a poblaciones pastoriles, como los famosos «vaqueiros»<sup>57</sup>. «Altxunbide» o «altxonbide» sería así camino de alzada; en conjunto, caminos de trashumancia, marcados en el valle con prolijidad por los viejos. El notario que redactó las actas refleja el modo de hablar de ellos usando el infinitivo. También para reforzar una idea, repite la palabra «por camino camino», «por sierra sierra»<sup>58</sup>. Pero, volviendo a los caminos y su nombre, parece que el primer elemento ha de relacionarse también con la palabra «alzo», «altzo» o «altzu», que aparece en compuestos, como «Jauregui-alzo», «Alzugaray», «Alzuguren».

Creo incluso que el nombre de «Álzate» se debe relacionar con ella, más que con «altza» = aliso<sup>59</sup>. «Alzo», en lenguaje común, significa regazo. «Alzon», como criado de pastor, lo da Azkue también, considerándolo palabra labortana<sup>60</sup>.

Las relaciones de los pastores del Pirineo se hallan expresadas, por otra parte, en documentos no tan viejos como el reconocimiento analizado, pero sí interesantes.

Sabemos así que entre el valle de Aézcoa y el país de Cize y gente de la llamada «tierra de bascos» había un convenio de facerías para que los ganados pastaran de sol a sol en los términos respectivos. Esto producía problemas, sobre todo cuando los ganados de una parte enfermaban. En 5 de agosto de 1567 se pidió información respecto a la petición que habían hecho los pastores del valle de Aézcoa de que se nombrara alguacil y escribano para cerrar el paso a los ganados y ganaderos de «Ciza y Bascos». Y así se hizo<sup>61</sup>.

Este documento contiene bastante información sobre las costumbres ganaderas del mismo valle de Aézcoa; está fechado en Orbaiceta y testifican hasta diez individuos. Vienen a decir que es frontero con los referidos territorios vasco-franceses y con Salazar; que con los vascos-franceses, dentro de los amojonamientos, tenía concertados gozamientos de ganados granados y menudos de sol a sol, por vía de facería en los puertos; este gozamiento se quebraba cuando sobrevenía la enfermedad llamada «carra-ca». A la denuncia de su existencia se hacía junta o «bazarre» en Aézcoa y se disponía la expulsión de los ganados contaminados, dándose parte del caso a los interesados fronteros. Esto se cumplía o no. Entonces se «carne-reaba», es decir, se tomaban cuatro carneros y una oveja, de los cuales uno se lo comía la «comisión, y los otros se mataban y repartían. Venían luego nuevas discusiones, y no siempre se llegaba a concierto. Porque podía haber 5.000 ó 6.000 cabezas de ganado que, por miedo a la contaminación, no subieran a los propios términos, a los altos de los puertos, y estuvieran hambrientos en las tierras más bajas. El peligro era grave, dado que luego estos ganados aezcoanos pasaban a la Bardena y en general a la Ribera, donde podían contaminar a los de todo el reino de Navarra prácticamente.

Se hacían los reconocimientos de los términos el día de la Traslación de San Martín. Lo correcto, sin duda, era señalar un término acotado al gana-

57. Sobre éstos es fundamental la carta de Jovellanos a Ponz (la novena); véase *Obras...*, II (B.A.E., L), pp. 302a-308a.

58. Esto es común en la conversación, así se dirá, por ejemplo, «zipoka-zipoka». Pero también se da en el latín medieval «Serra serra», etc.

59. Puerto de alzada, más que puerto de alisos.

60. AZKUE, *Diccionario*, I, p. 35c.

61. Archivo de Navarra, Papeles Suelos, legajo 88, carpeta 4, 3.ª pieza, fols. 241r-253r.

do enfermo, como a veces se hacía. Porque, de una forma u otra, los recursos del valle estaban casi limitados a la ganadería, porque la agricultura daba muy poco de sí, contribuyendo a ello los estragos que hacían en los sembrados los animales que vivían en las selvas próximas. En otro documento de esta época, las autoridades aezcoanas decían que su tierra confinaba con los «Montes Perineos, que son muy grandes y muy desiertos, de mucha arboleda, en los cuales hacen la mayor parte de sus simenteros, los cuales y los demás que tienen junto a la dicha tierra y a la redonda de ella les comen y echan a perder los muchos benados y otras cazas que se han multiplicado en los dichos montes y confines en tal manera, que en especial los benados andan en tropel, y se han visto juntos apacentando en sola una pieza quince y más cabezas de ellos». Pedían licencia para cazarlos. Se pidió gente que atestiguara acerca del mal, y declararon el 21 de febrero de 1561 varios nativos<sup>62</sup>.

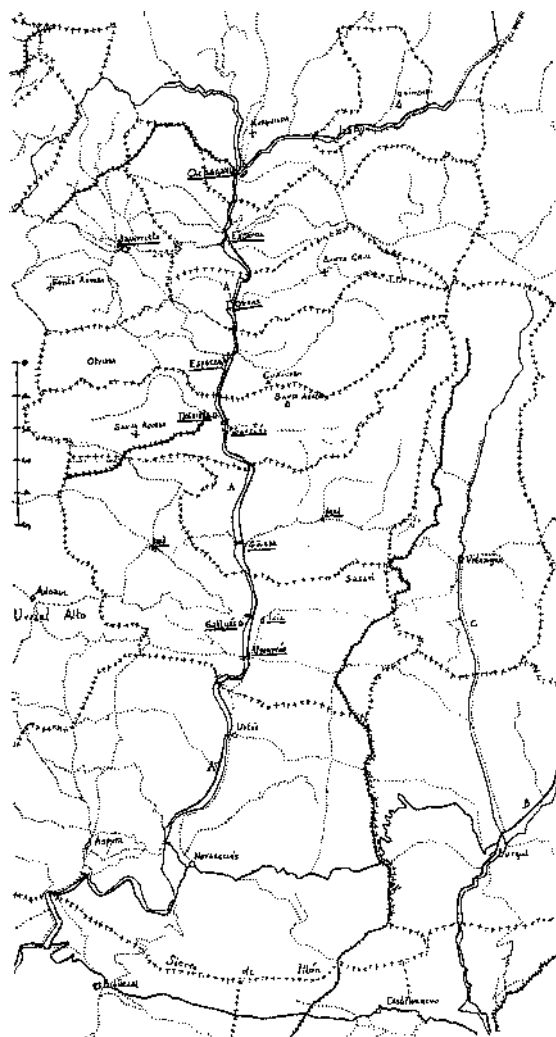


Fig. 11. Caminos y términos ganaderos de los valles de Salazar y Roncal.

62. Archivo de Navarra, Papeles Sueltos, legajo 88, carpeta 4, 3.ª pieza, fols. 209r-224v. Son doce.

Han pasado los siglos. La ganadería pirenaica está en crisis como tantas otras cosas; pero los documentos viejos nos hablan de una continuidad que ha durado. No podremos captar ya la imagen del pastor roncalés (figs. 8-9) como las captó el marqués de Santa María del Villar durante la primera mitad del siglo. Sí otras de pequeños rebaños en tránsito (fig. 10) y aun algunas de rebaños mayores. Pero los mismos pueblos del valle de Salazar se ajustan hoy a su origen ganadero, río arriba y sirviendo de punto de referencia a los caminos que en el siglo XIV visitaban los «viejillos» (fig. 11)<sup>63</sup>. ¡Cuántas son las reglas y principios que aún hoy condicionan la vida rural, que presionan físicamente sobre su desarrollo y no siempre de modo favorable, y que datan de tiempos muy remotos! Examinemos otro caso.

### Sobre el valle de Lana

Se ha considerado que un instrumento publicado por el obispo Sandoval<sup>64</sup>, en su *Catálogo de los obispos de Pamplona*, fechado nada menos que en 839, y que es una donación hecha a un guerrero llamado «De Lane», constituye la primera mención documentada del nombre del valle. Moret<sup>65</sup> lo da como auténtico, pero a todas luces parece apócrifo. La denominación de «Valle de Lana» aparece segura, en cambio, entre 1099-1122, en el cartulario de Irache («illa valle que dicitur Lana»), al hacer testamento Veila Veilaz y dar los mezquinos que allí tenía<sup>66</sup>. Allí también se alude el monasterio de «Barren» en Lana y a «Galvarra».

El nombre de Lana aparece documentado en otros textos asociado a unas «cuevas», que, al parecer, eran importantes, porque tenían llaves y un inspector, como consta por documento fechado el 29 de marzo de 1351 en Pamplona, donde Carlos II ordena a Pedro Ortiz que guarde las llaves de las *cuevas de Lana*, con la obligación de visitarlas mensualmente, para lo que le señala cinco cahíces de trigo y veinte sueldos al año<sup>67</sup>. Hay textos más viejos que aluden a las mismas cuevas.

En efecto, un documento firmado en 30 de enero de 1277 se refiere a las cuevas de Lana<sup>68</sup>. Más tarde, el 12 de julio de 1317, el valle aparece con los de Berrueza y Ega, fundando San Cristóbal de Berrueza, para defender aquellas tierras de peligros fronterizos<sup>69</sup>; y aún en 6 de junio de 1331 se menciona al alcalde, jurados y «toda la cofradía» del valle, al confirmarse un privilegio que les concedió el gobernador de Navarra en Estella, a 26 de

63. El mapa de la figura 11 está hecho sobre las hojas 143 y 175 del general de España en escala de 1:50.000. Se señalan en él, con cruces, los términos de los pueblos, los del valle de Salazar con el nombre subrayado. También las corrientes del río Salazar (A) y la del Esca (B) en el Roncal. Con línea negra más gruesa, las vías principales hoy en uso. Con líneas de puntos, los caminos pastoriles y de comunicación frecuente. Con línea gruesa cruzada de rayitas, la llamada Cañada Real del Roncal (desde el término de Vidangoz) y los tramos mayores de las cañadas cabañeras y pasos cabañales de Ochagavía e Ibilcieta. También se señalan los puentes y algún punto de referencia útil para la orientación del lector. Es curiosa, por ejemplo, la concentración de tres ermitas de Santa Águeda en términos no lejanos entre sí. La relación de los pastores con la santa patrona de las lactantes es tema curioso que habrá que estudiar.

64. En 1614.

65. *Annales...* (ed. Pamplona 1766), I, pp. 251b-252b, 1, VI, ep. 1, § II, núms. 5-8.

66. *Colección diplomática de Irache* (Zaragoza 1965), I, pp. 133-134 (núm. 111).

67. *Catálogo del Archivo General...* (Zaragoza 1965), II, p. 160 (núm. 391).

68. *Catálogo del Archivo General*, I, p. 222, núm. 473.

69. *Catálogo...*, I, p. 331, núm. 754.

noviembre de 1281<sup>70</sup>. Este privilegio se halla condicionado por hechos importantes en la historia de Navarra.

Los vecinos de Lana quedaron dentro del reino después de que, en tiempos de Sancho el Fuerte, entraron las huestes de Sancho VIII de Castilla por la tierra cercana de Campezo y se apoderaron de ella, rompiendo así aquella unidad que hacía decir al Príncipe de Viana que la «antigua Navarra» estaba constituida por varios valles de la que fue merindad de Estella, entre los cuales cuenta a «Valdelana», con «Campezo» precisamente<sup>71</sup>. La razón de los privilegios arranca de la fase en que el valle es ya fronterizo. Pero después hay memorias de la vieja relación con Campezo.

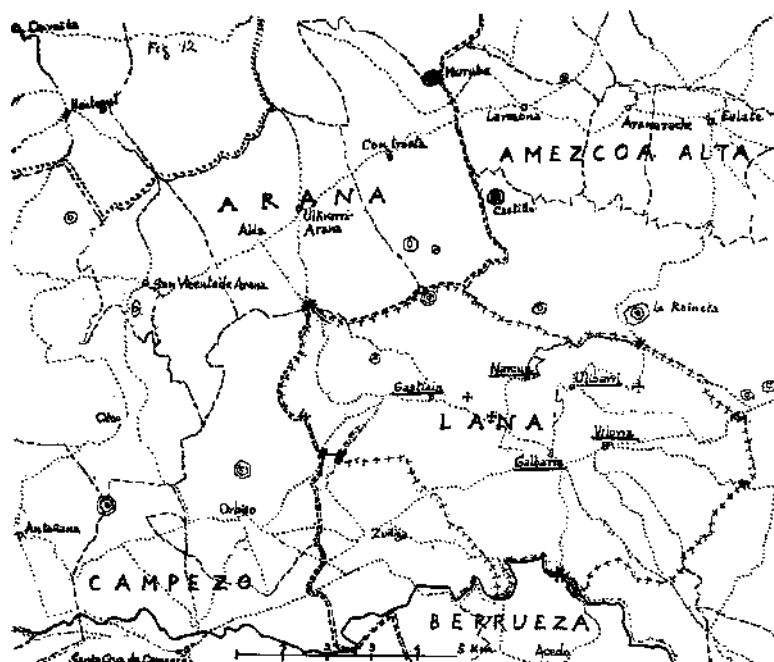


Fig. 12. El valle de Lana y los territorios limítrofes de Arana, Campezo y la Berrueza.

La cofradía de Lana se asocia -en efecto- a la hermandad de *Campezo* y no a la de *Guipúzcoa* en un documento del 17 de abril de 1361, indicándose en él que con ella ha de pagar tallas y pechas<sup>72</sup>.

El Príncipe de Viana -según es sabido- creía que aquí estaba como el centro de la antigua Navarra, aduciendo como prueba que «en este día, una grant peña, que está tajada entre Amézcoa, Eulate e Valdelana, se clama la *Corona de Navarra*, é una aldea que está al pie, se llama *Navarin*»<sup>73</sup>. Esta peña debe ser la que en los mapas modernos se denomina la Reineta (1.115 metros) y que tiene por debajo los corrales de Ulibarri y el monte «Irasabela» entre ella y este pueblecito. Todo dentro del sistema de Lóquiz (fig. 12).

70. *Catálogo...*, I, p. 401, núm. 937.

71. *Crónica de los reyes de Navarra* (Pamplona 1843), p. 35.

72. *Catálogo General...*, III, p. 274, núm. 705.

73. *Crónica...*, cit., p. 35.

«Lana» se ha interpretado como «planicie» y como «trabajo»<sup>74</sup>. En realidad, «lan», «lañ», «lain», es tierra llana, como lo es «landa», que debe ser palabra relacionada con las correspondientes castellanas y portuguesas; también bajo-latinas<sup>75</sup>, de origen galo. «Lañ-erri» en valles de Navarra, como el de Ezcarbarte, es la tierra de labor por antonomasia.

Julio de Altadill<sup>76</sup> transcribió un escrito de don Nicasio Landa acerca del valle y Universidad de Lana, tras el artículo que el mismo le dedica<sup>77</sup> (pp. 594-599), ilustrado con dos fotos de la ermita de San Sebastián, una de las cuales presenta una lápida de jinete que ha desaparecido.

El valle de Lana debe de estar en una de las fronteras antiguas del vasco, dentro de un área que, según se ha repetido, es la alavesa u occidental, más que la alta navarra, o por lo menos, un área de cruce. Algunos topónimos parecen también meridionales dentro del grupo occidental: así el nombre del despoblado de Urribarriguchia, en que aparece, en vez de «uri» o «uli» (que se da en el valle, en Ulibarri), «urri». Otro despoblado es el de Berrobía. Entre los términos con nombres curiosos habrá que señalar también los de los montes Gurgullina, Amaba y Perriain, harto enigmáticos. Castellánísimo es Vitoria, con pareja en Álava<sup>78</sup>; y entre los apellidos del valle, incluidos en la casas que en la ejecutoria colectiva de 1774 se consideraban las más antiguas, hay unos vascos (Andía, Basterra, Eralde, Gavía, Ulibarri), otros patronímicos muy comunes (Álvarez, Díaz, Fernández, Ramírez), apellidos castellanos también comunes, como De Miguel y De la Calle, y, en fin, otros más raros, como Coparacio y Cambra.

La vieja frontera de los vascones con los várdulos, que ha debido de sufrir rectificaciones varias a lo largo de los siglos (como la de Navarra con Álava y Guipúzcoa), presenta en la zona de la tierra de Estella algunos problemas interesantes. En la Edad Media, el valle de Arana hubo de pertenecer a Navarra, y aun a la Navarra más vieja. En la época romana imperial hay una relación evidente entre las gentes asentadas en el valle de Lana, según lo acreditan las inscripciones de la ermita de San Sebastián de Gastiain y las que vivían en Contrasta, al norte del valle de Lana mismo, villa que corresponde al valle de Arana. En su ermita de Nuestra Señora de Elizmendi, las lápidas son, sin duda, de parientes de los sepultados en Gastiain y con nombres de tipo «occidental» («Ambatus», «Segontius», «Cantaber»...) romanizado<sup>79</sup>. Puede suponerse que ésta es una población colocada allí, por razones de vigilancia, en un punto fronterizo. El alto en que se halla la ermita de Gastiain, de planta elíptica y en sitio muy céntrico del valle, debe contener una pequeña ciudad a mi juicio. Un punto principal, como núcleo central de una red de caminos antigua, se halla en el puerto de Gastiain mismo, en la frontera de Álava y Navarra. Ahora bien, he aquí poco más al norte el nombre, que me parece muy significativo, de «Contrasta». No creo que cabe otra posibilidad que la de relacionarlo con el verbo latino «contrastare», que aparece ya tardíamente, y con «contrastare», que vale tanto como «oponerse», «enfrentarse» o «estar en contra»<sup>80</sup>, verbo

74. JULIO DE ALTADILL, *Navarra*, II, p. 594.

75. VICENTE GARCÍA DE DIEGO, *Diccionario etimológico español e hispánico*, p. 825a, número 3.746).

76. *Navarra*, pp. 599-603.

77. Pp. 594-599.

78. Es decir, «Villa Áurea». Santa Oria fue la patrona de quien llevó el nombre.

79. *C.I.L.*, II, 2950-2957.

80. Du CANGE, *Glossarium...*, II, col. 1031.



que en castellano de «contrastar», en la acepción de resistir, y aun «contraste»<sup>81</sup>. «Contrasta», pues, parece nombre de posición *frente a algo*. Sin duda con significado fronterizo. Por otra parte, en Cáceres se señala la existencia de una población vieja del mismo nombre: a la despoblada «Villavieja», de donde surgió Valencia de Alcántara, se le llamaba «Contrasta», en efecto, según indican Juan Agustín Cean Bermúdez<sup>82</sup> y otros autores, entre ellos el extremeño don Vicente Paredes, que en su folleto sobre el *Origen del nombre Extremadura...*<sup>83</sup> dirá que «Contrasta viene de contraria». Madoz<sup>84</sup> señala la existencia de un lugar de Pontevedra llamado «Constrasto».

El carácter muy defensivo de la zona se refleja en otros topónimos, entre los cuales cabe resaltar los de «Muro» en el despoblado de Berrabia, al sudoeste del valle de Lana y «Ormas», que equivale a monte del Paredón<sup>85</sup>: «orma» se usa en vasco como pared (de «forma») en compuesto como Ormaechea, etc.

La no elevada cordillera que separa el valle de Lana del de la Berrueza está poblada por encinas y monte bajo de aspecto mediterráneo, mientras que la que bordea el mismo valle por el norte tiene vegetación de robles y de hayas y otras plantas de aspecto septentrional. No hace mucho, en esta sierra boreal (que es la de Santiago de Lóquiz), había mucho trato de leñadores y carboneros<sup>86</sup>. La actividad de estos últimos era una de las principales del valle; en él la «hacienda», es decir, la labranza por antonomasia, se ha hallado siempre poco desarrollada, como puede comprobarse examinando la hoja 139 del mapa a escala 1:50.000 del Instituto Geográfico. Es curioso observar que el valle ahora también cuenta con poco ganado ovino. Lo que más abundaba en él, hace poco, cuando estaba más poblado (hoy día los pueblos se hallan en regresión, salvo Galbarra y Gastiain), era el ganado caballar (fig. 13): yeguas y caballos pequeños de fuerte pezuña, que deben de ser de una raza muy antigua, y la vaca, que también, en gran parte, correspondía a la raza pirenaica. Vacadas y yegudas, que durante la época más dura del año se tenían cerca de casa, se echaban al monte en la primavera. Un ganado muy importante asimismo era el de cerda. Los cerdos en piaras también se echaban a engordar al monte en la época de la bellota. Pero en los montes meridionales, donde la mancha de encinar es grande (como continuación de la de la Berrueza), puede haber años en que hiela, y entonces la encina no da fruto y las piaras sufren peligro de merma. El puerco pasta mucho más alto en el monte boreal, secundariamente.

En último término, el valle criaba bastantes cabras. Hoy día está prohibido tenerlas en cantidad; la gente se lamenta de ello, porque es ganado cuyo sostenimiento no requiere grandes gastos; por otra parte, dicen que limpiaba de malezas la zona arbolada, porque la cabra es capaz de morder la hoja de arbustos duros, como espinos, zarzamoras, etcétera, que ahora van cerrando los bosques.

81. VICENTE GARCÍA DE DIEGO, *Diccionario etimológico español e hispánico*, página 187b.

82. *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España* (Madrid 1832), página 423.

83. Plasencia 1886, p. 51.

84. *Diccionario...* VI, p. 571b.

85. *Diccionario de 1802, I*, p. 173a.

86. Hoy día el carbón se hace en los alrededores de pueblos, como Vitoria. La vida dura del carbonero montaraz no satisface a la juventud.

JULIO CARO BAROJA

El valle de Lana es, pues, desde el punto de vista económico, un valle con economía peculiar y ha debido constituir durante mucho el primer contrafuerte del mundo vascónico de tipo navarro medio, frente a la Berrueza, de aire más meridional, y a los valles alaveses del sudoeste, muy romanizados siempre de habla. Hoy día es la carretera que arranca de Acedo su principal vía de acceso. Pasa ésta por montes bajos hasta llegar a una angostura, por la que, del norte, viene una corriente fluvial que desemboca en el Ega y que recoge todas las aguas del valle, en Galbarra, que está como a la boca de él. Un arroyo de los que la forman, el del este, viene de Vitoria, que ha sido el pueblo más grande siempre; otro, el del oeste, viene de Gastiain, bordeando la tierra de labor. Otro, que baja del noroeste y que nace no lejos de Narcué, es como el eje central de referencia de la parte baja.



Fig. 13. Ganado caballar en Vitoria, durante la primavera  
(Foto José Esteban Uranga).



Fig. 14. Escudo de hidalguía colectiva  
del valle de Lana.

La escotadura de Galbarra da, pues, hoy la comunicación mejor. Otro camino con pendiente, pero no de las mayores, es el que comunica con Zúñiga y Orbiso. Los demás son caminos de sierra, algunos de los cuales, en otro tiempo, eran seguidos por los arrieros. Particular importancia tenía el llamado «Camino de Contrasta». En la hoja 139 del mapa de España a escala 1:50.000, se marca un tramo de él en el mismo borde de la sierra de Lóquiz y el valle, del raso de Vitoria, Ulibarri a Narcué. Bajaba por el puerto a este último pueblo y de allí por el valle iba a Gastiain. De Gastiain subía hacia el raso de Ulibarri-Arana, a una encrucijada donde se unen hasta cinco caminos. De allí a Ulibarri y Contrasta, donde había un cruce de tres: uno a Opacua, otro a las Amézcoas y de allí a Urdiain... (fig. 13). Los que comunicaban (y aún comunican) a los pueblos del valle entre sí eran caminos de carro, de carreta, porque hasta aquí llegaba la carreta de vacas, de rueda maciza, como también el arado radial y otros elementos característicos de tierra vascongada alta.

Los pueblos situados en lo más alto, en la falda meridional de Santiago de Lóquiz, es decir, Ulibarri y Narcué (a 687 y 688 metros, respectivamente) disminuyen mucho de población. Desde el siglo XIV al XVIII parece que ésta debió de ser muy estable. Pero de la época en que Julio de Altadill compiló los datos estadísticos para su Geografía a hoy, la merma es sensible. En Ulibarri deben de quedar nueve familias, de veinte que había hace no mucho (88 habitantes le da el autor referido)<sup>87</sup>.

Lana es, como el Roncal, el Baztán y otros valles de Navarra fronterizos, un valle que tiene privilegio de hidalguía colectiva. Parece datar éste del siglo XVII, aunque el valle tenga escudo y privilegios muy anteriores. Sus casas ostentan, pues, un blasón colectivo. Mas lo curioso es que así como los de Roncal y Baztán se refieren a actos heroicos llevados a cabo por sus habitantes en tiempo de las luchas con el Islam, el escudo del valle de Lana es reproducción, más o menos esquemática (fig. 14), de una de las lápidas romanas que se hallaban en la ermita de San Sebastián de Gastiain y que ahora están en el Museo de Navarra. No faltan en Navarra otros lugares que tienen escudos alusivos a sus antigüedades romanas. En todo caso, aquí está también la frontera de una «Cantabria» medieval que ha dado mucho que hacer a los geógrafos. Algunos historiadores navarros antiguos creían que la guerra de los cántabros se había desarrollado en Navarra, y concretamente en las Amézcoas. Esta idea se justifica por la existencia de la ciudad de Cantabria al Sur, cerca de Logroño, y la de un territorio navarro-riojano que se llamaba del mismo modo. Digamos algo sobre él y sobre Campezo mismo.

San Salvador de Galbarra y San Cristóbal de Venabia (es decir, Berrabia) aparecen en el fuero concedido por Alfonso X, en Gormaz, a 5 de febrero de 1366, a los de Santa Cruz de Campezo, como límites<sup>88</sup>.

La asociación de un territorio riojano al nombre de «Cantabria» se halla documentada en la donación de arras de don García el de Nájera a su mujer el 28 de mayo de 1040, que Llórente<sup>89</sup> sacó del archivo de Santa María de aquella población. Dice un pasaje (p. 362): «Id es Bechera, cum ambobus Camberibus, cum Val de Arneto et cum ómnibus villis Cantabriensis». Antes, en la carta de población de Villanueva de Pampaneto, de

87. Según informes obtenidos en 1971.

88. *Diccionario de 1802*, II, p 352b.

89. *Noticias históricas* (Madrid 1867), pp. 360-364.

1032, es decir, del tiempo de Sancho el Mayor, uno de los que firman es «S. Fortuni Uxoam, Cantabrensis»<sup>90</sup>.

En el antiguo arcedianazgo calagurritano<sup>90</sup> de «Ververiego», constituido por tres arciprestazgos, puede pensarse que la frontera lingüística allá por el siglo XIII, cuando era obispo Jerónimo Aznar (electo en 1238, muerto hacia 1257), iba entre Zúñiga y Orbiso. La primera población aparece como «Estúñiga», en la nómina que publicó Hergueta y Orbiso «Urvixo», es decir, una forma más reintegrable al dominio vasco. Más al sur parece que ya está dominando el romance. El nombre de «Campezu», en otros textos referentes a esta época, aparece como «Campezu» o «Campeçu», que, de todas formas, puede ser, en el caso, ejemplo de cómo se pronunciaba la palabra a la vasca<sup>92</sup>. Allí no sale Campezo. Sí en los textos que narran la pérdida de Álava y Guipúzcoa en tiempos de Sancho el Fuerte. Algunos lo distinguen siempre de Álava. Por ejemplo, Lope García de Salazar, *Las bienandanzas e fortunas*<sup>93</sup>: «Fuerte Rubia, e Vitoria, e Sant Sebastián, e Fuente Pequeña, e *Campeço* e Santa Crus, e toda Alúa, e Guipúscoa, e Treujño e Pórtela de Torres». El Príncipe de Viana<sup>94</sup> lo considera como parte de la «antigua Navarra».

En el fuero otorgado a Treviño por Alfonso X, el 20 de diciembre de 1254, se señala su término «ffasta Sant Román, et ffasta en Corres, et ffasta Pipaffon, et de la otra parte ffasta el agua que es dicha Zadorra» 33.

## LA COFRADÍA DE LA SANTA (VERA) CRUZ DE CINTRUÉNIGO

Los conceptos utilizados en la investigación antropológica, en relación con cambios acaecidos en el tiempo, lo han sido con frecuencia de modo imprevisto y abusivo. Así ha ocurrido, por ejemplo, con el de supervivencia o «survival», acuñado por Tylor. También, más tarde, con el de «cambio de significación», que empleó Graebner de modo muy sistemático. Nadie puede negar su utilidad; pero ésta es tanto mayor cuanto el contexto en que las palabras y conceptos quedan incluidos, es más concreto y apretado. Examinemos un caso ilustrativo.

He aquí que el 16 de abril de 1587 se reunieron unos vecinos de Cintruénigo, que constituían la cofradía y hermandad de la Santa Cruz, regidos por alcalde y mayores en la casa de la hermandad misma, y decidieron reorganizarla, con arreglo a nuevos capítulos, en vista de que los papeles antiguos se les habían quemado y no quedaba más que la costumbre y memoria que fijaban insuficientemente su funcionamiento. Tenían los vecinos del pueblo, frontero con Castilla y Aragón, la idea legendaria de que existía la hermandad de la Santa Cruz desde poco después de la Pasión, cuando la villa era ya populosa... Pero que luego, por razón de su situación

90. MUÑOZ Y ROMERO, *Colección de fueros municipales...* (Madrid 1847), p. 184.

91. Como acaso en «Graccurreis» o «Calagurris» y aun en «Lazagurria».

92. Véase, para las grafías, NARCISO HERGUETA, "Noticias históricas de don Jerónimo Aznar, obispo de Calahorra y de su notable documento geográfico del siglo XIII", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tercera época, año X julio-diciembre 1907, pp. 431-432.

93. III, pp. 125-126 (libro XVI).

94. *Crónica de los Reyes de Navarra*, p. 35. Pero luego ya (p. 106) quedará en una «extremadura».

95. "Documentos de la época de Alfonso X", en *Memorial histórico español* I (Madrid 1851), p. 45, núm. 23.

y porque en los lugares más cercanos a Cintruénigo había muchos moros y judíos, los cristianos del pueblo «ordenaron la dicha cofradía y hermandad para como hermanos en todas las necesidades que se les ofreciesen se hubiesen de valer y ayudar». Pero en tiempo de Felipe II los cofrades se reorganizan, en forma militar todavía, estableciendo que hubiera un alcalde, un alférez y dos mayores, anualmente renovados; que salieran procesionalmente armados el día de la fiesta de la Cruz, con escopeta propia; que cumplieran con ciertos ritos religiosos, asistiendo a misa y a la bendición de los campos; que comieran juntos el mismo día de la Cruz e hicieran luego acción de gracias; que llevaran -en fin- cuentas escrupulosas de los gastos e ingresos, etcétera. Estas capitulaciones fueron confirmadas en 1720, lo cual demuestra que seguían vigentes. Ahora bien, en 1971, cerca de cuatrocientos años después de «renovadas», la cofradía sigue funcionando. Y es significativo lo que está ocurriendo con ella en los últimos tiempos.

Hoy día, la cofradía de Cintruénigo no puede decirse que viva con el esplendor antiguo, ni que tenga la importancia que en la vida social de la población tenía aún en la época de los padres de los que la constituyen. El pertenecer a ella, el ser uno de sus treinta y tres miembros, era cosa muy solicitada y esperada. La admisión requería muchos movimientos por parte del pretendiente. Hoy difícilmente se cubren las plazas, y de treinta y tres no suele haber arriba de veintitantas cubiertas. Se han dado bajas, cosa que antes era insólita, pues sólo la muerte de un cofrade permitía el ingreso de otro.

Los actos que tienen lugar en la tarde del víspera del día de la Cruz, consisten, en esencia, en una ida de la casa del teniente de la cofradía a la del capitán. Este año de 1971, el teniente vivía en la casa número 60 de la calle del Arrabal. Fueron llegando a ella los cofrades poco a poco, por separado. Llevaban en la mano un sable, cada uno diferente, y un sombrero calañés heredado de los antepasados. En efecto, varios de los sombreros que me enseñaron, llevaban esta etiqueta: «Fábrica de sombreros de todas clases a estilo Madrid y Sevilla de Santolaria, elaborados con máquina inventada por el mismo sombrerero. Tudela». Algunos, sin embargo, eran de la «Fábrica de Hermenegildo Salvador, plaza Mayor, Portal de Paños y Tienda de Dos Puertas, número 13. Madrid». Dicen algunos que también las «monjas encerradas» de Cintruénigo han hecho «gorros» de éstos. El calañés, es decir, un sombrero que, por su nombre, se reputa originario del pueblo de Calañas, en la provincia de Huelva, tuvo un gran proceso de expansión, de sur a norte, en tiempos de Fernando VII y de Isabel II. Mucha gente aldeana lo vino a usar, de modo semejante a como allá entre 1900 y 1930 se generalizó la gorra visera y después se ha generalizado la boina. Pero habrá que observar que entre garrochistas, caballistas, guardas rurales y gente brava (incluso los bandidos clásicos), fue tocado muy común, y así se explica que los cofrades de Cintruénigo lo adoptaron para subrayar, sin duda en cierto modo, su marcialidad.

No están muy boyantes los calañeses de algunos de ellos; pero todos llevan su escarapela a un lado, blanca, azul y roja, con una crucecita al medio, como se ve en el dibujo (fig. 15). Los sables, son sables del Ejército de origen diverso, aunque no falta alguno de aire moruno, a modo de cimitarra de mameluco o cosa por el estilo. El traje, un traje corriente este día de la víspera, y el de fiesta el día de la Cruz.

He aquí que a eso de las cuatro y media de la tarde están todos los cofrades reunidos en el portal de la casa del teniente. La calle del Arrabal,

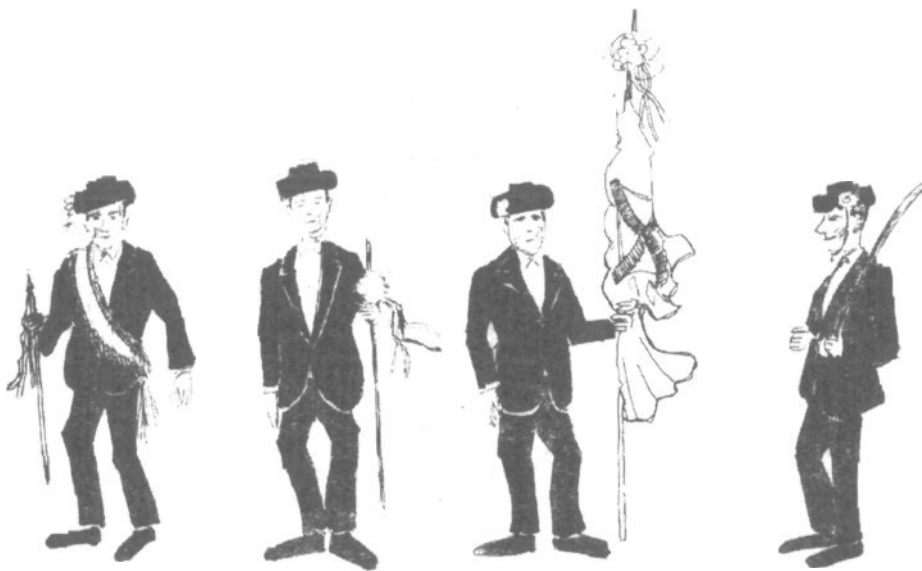


Fig. 15. Atributos del capitán, teniente, sargento, abanderado y cofrade de la cofradía de la Santa Cruz de Cintruénigo (Apunte del autor).

como su nombre arábigo lo indica, debía quedar extramuros de la población. Es una calle larga con casas hechas, en un momento dado, con arreglo a un plan general. Tienen en su mayoría una puerta lateral a mano derecha del observador, una ventana ancha a la izquierda de la puerta y otra, igualmente ancha, sobre ella. A veces el dueño ha levantado el piso superior, poniendo un balconcito y algún otro hueco. Tal es el caso de la habitación del teniente, labrador de los que viven en poblados densos. Las casas humildes tienen un aspecto muy del país, pintadas de blanco, azul o verde claro.

A todos los reunidos, el teniente les obsequia con avellanas y vino en porrón. Después los cofrades, en dos filas, inician un largo rito itinerante que se anuncia con cohetes. El tamborilero, un joven, hijo de otro que también lo fue, les marca el paso que han de llevar. Van nueve por banda, con el abanderado y el tambor delante. El sargento en medio. La bandera es grande, blanca. Dentro o inscrita en un rectángulo azul lleva una cruz aspada como de San Andrés, en rojo tirando a amoratado. El sargento lleva en la mano una especie de pica adornada con florones y cintas. En esta disposición y con un público no muy abundante fue la cofradía por distintas calles a aquella en que está la casa del capitán del año. Este año se hallaba situada en la casa número 36 de la calle del General Primo de Rivera, que es la antigua calle Larga, nombre más familiar sin duda. Es una casa estrecha con dos huecos en la planta baja (puerta a la derecha y ventana), un balcón en el primer piso y dos ventanas en el segundo. Junto a la puerta de entrada y ante la ventana, se alza, alto y delgado, el «mayo». Sabido es el papel fundamental que tiene éste en las fiestas de primeros del mes y cómo se ha asociado, también con frecuencia, a la de la Cruz. El mayo de Cintruénigo está sujeto a una especie de macetón de madera recubierto por una bandera española. Uno de los privilegios que tiene la cofradía, como en otras partes los tienen las mocedades, es el de que cada año puede escoger y cortar un árbol de los que son propiedad municipal, para colocarlo ante la casa del capitán saliente, como emblema de su autoridad.

Lleva éste, además del calañés, una banda cruzada sobre el pecho, con la bandera española también y en la mano una vara que en la parte superior tiene una reliquia del «Lignum Crucis» de plata, de la que cuelgan unas cintillas. De la casa del capitán van formados a la parroquia de San Juan Bautista, a vísperas. Son las cinco y media cuando se celebran. Después de ellas, con el cura presidiendo, vuelven a casa del capitán y allí se bendicen las aceitunas y alimentos que han de tomarse en comunidad al siguiente día.

La cofradía, siempre formada, recorría luego los *extramuros*. Salía de la casa del capitán a eso de las seis menos diez, después de saludar. La primera parte del recorrido lo hacía este año por la calle de la Diezma, a salir a la carretera de Madrid, donde, sin duda, en otro tiempo estaba una de las puertas de las murallas de Cintruénigo. Pasó luego por la calle de las Brigadas de Navarra, la del 18 de julio, las de Lignes y General Mola. Al pasar por determinados puntos, como una fachada en la que hay una urna con la Virgen del Rosario, hacía un saludo; también los hombres, a su paso, se quitaban la boina con bastante reverencia. Otro saludo de la cofradía se hace siempre ante la iglesia. El final del trayecto era cerca de la ermita de San Martín, después de haber llevado a cabo una verdadera circunvalación del pueblo, rememorando la época en que tenía cuatro portales. Esta ceremonia de víspera dura unas dos horas. Al día siguiente se da a todo más solemnidad: los cofrades van de casa del capitán a la iglesia, formados y mejor vestidos. Aparece incluso alguno más. Al sonido de las campanas llegan a la iglesia a eso de las diez y celebran una procesión. En ella, el tambor, las autoridades y el abanderado van delante; después cuatro monaguillos, seis cofrades por banda, cuatro llevando las andas donde se alza el Cristo, rodeado de largos cirios; dos cofrades van de guardia. Detrás mujeres, chicos y algún hombre viejo. Cuando la procesión vuelve a la iglesia, se anuncia con nuevo repique la misa mayor.

Los cofrades se ponen en los bancos centrales del templo en lugar de preferencia, como cercando al altar. En medio el capitán, el teniente, el sargento, el abanderado y los mayordomos. Detrás el público. El párroco pronuncia el sermón de la Exaltación de la Cruz, comentando un texto de San Pablo y refiriéndose al origen de la fiesta, a la invención de Santa Elena. Hay unos cantos conmemorativos que saben y cantan los cofrades. El sermón es templado. Recuerda la época en que la cofradía tenía como objeto principal la defensa de la tierra frente a los enemigos. Pero se para más en considerar las virtudes de sencillez, fortaleza y hermandad, tales como se pueden practicar en el mundo actual, bajo el signo de la Cruz. Hay una petición de oraciones por los cofrades vivos y muertos y después viene la adoración del «Lignum Crucis», en que también los cofrades tienen preferencia sobre los otros fieles, y el cambio de mandos. El teniente pasa a capitán y recibe las insignias de éste (es decir, la banda y la vara); a su vez, el sargento pasa a teniente, y el abanderado a sargento. El paso se hace de una vez, con bastante rapidez.

Terminada la ceremonia, la cofradía va a casa del capitán saliente y allí celebra una comida en común. Se caracteriza porque no se comen más que alubias blancas guisadas con aceite y aceitunas verdes (recogidas por el capitán ocho días antes), amén de pan y vino. Es una especie de ágape o banquete de caridad. Más lo era antes, porque había pobres a los que se les repartían platos y comían después de los cofrades o a la vez. Estos antes comían en olla o «totera» de barro negro con cucharas de palo, de boj de Castilnuevo según recuerda alguno. Las soperas también eran de barro.

Hoy, los hermanos o cofrades pueden ser menores de veinticinco años y solteros. Ahora habrá de tres a cuatro que lo son, aunque parece que la juventud no se interesa mucho por la vida de la cofradía. El capitán sigue siendo el depositario de un cofre con los libros, entre los cuales está la copia de los estatutos ya utilizada. Las propiedades de la cofradía aún existen en parte, al parecer. Cumplen los cofrades con los deberes piadosos, como son los de que cuatro de ellos lleven la caja del recién muerto y dos los cirios, o la de velar a los hermanos que lo necesiten.

Estamos lejos de la «supervivencia» tyloriana; pero, de todas formas, la cofradía de Cintruénigo nos ilustra respecto a cómo en una sociedad tradicional las organizaciones antiguas pueden existir con cierta pujanza cuatrocientos años o más, después de borradas, en gran parte, las razones de su fundación, y cómo, cuando surge la «modernidad» o lo que se tiene como tal, las organizaciones pierden fuerza y significado. Desde comienzos del siglo XVI, Cintruénigo no es frontera peligrosa. Desde fecha algo anterior no hay moros mudéjares ni judíos en el sur de Navarra, pero es desde 1950 cuando la cofradía entra en franca crisis, como otros de los elementos de la vida tradicional que se han estudiado en estas páginas. Toda precaución es poca al decir generalizaciones a este respecto. Y el etnógrafo, el folklorista y el antropólogo deben volver a examinar con ojos más atentos los problemas relacionados con el tiempo y duración de los hechos que estudian. Mas no es ahora el momento de extenderse en consideraciones sobre un tema tan grave.